

**Con Mirta Goldstein**

**Psicoanálisis y posmodernidad**

*Reportaje de Juan Carlos Capo*

En las ajetreadas horas del Congreso de Monterrey, nos hicimos un espacio para conocer de primera mano las ideas de Mirta Goldstein, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina, que se apresta a desarrollar sus ideas en un seminario de Universidad de Buenos Aires sobre lo que ella denomina “Psicoanálisis complejo”: una posible articulación de la episteme analítica y los pensamientos derivados de la “nueva alianza científica” que propone la teoría física de Prygogine y la filosofía de Alain Badiou.

J.C.C.: ¿En qué consiste lo que llamás “Psicoanálisis complejo”?

M.G.: Intenta una aproximación entre la materialidad física y la humana, una posible articulación de la episteme analítica y los pensamientos derivados de la “nueva alianza” que propone la teoría física de Prygogine y la filosofía de Alain Badiou. El existencialismo impregnó el psicoanálisis en recientes años, sobre todo el existencialismo derivado de “Fenomenología de la percepción” de Maurice Merleau Ponty. Con todo el valor que el mismo significó (y aún conserva) como texto valioso que no se puede desconocer, Merleau Ponty no deja de proponer una ontologización del psicoanálisis: el ser en situación.

J.C.C.: ¿Que papel juega la cultura posmoderna en este intento tuyo?

M.G.: Implica pensar el psicoanálisis como teoría nacida en la modernidad. Entiendo mi tarea en un sentido de extensión del psicoanálisis al pensamiento posmoderno. La palabra “posmoderno” se toma, en forma bastante frecuente, en sentido peyorativo. Se explica que muchos puedan hacerlo desde una modernidad que se añora y encuadran el pensamiento posmoderno como algo recusable. Propongo encarar la posmodernidad como aquella actitud que está dispuesta a abrirse a algo nuevo, diferente, y que como psicoanalistas no nos debemos excluir.

J.C.C.: ¿Por ejemplo?

M.G.: Primero, hay dos cosas que a los psicoanalistas nos cuesta incluir: una es la noción de “irreversibilidad”, irreversibilidad que provoca una ruptura en el pensamiento dialéctico, pensamiento que es el que habitualmente manejamos. Así la reparación kleiniana es un ejemplo de reversibilidad y pienso que quienes la sustentan les costaría admitir esta perspectiva desde la que hablo.

Segundo, lo *uno* ya no es más *uno*, sino que es *múltiple*. Por ejemplo: romper con la idea de “Aparato psíquico cerrado”, romper la idea de Sujeto como Unidad y como algo totalmente determinado.

J.C.C.: El pensamiento dialéctico que decís que está en nuestros parámetros psicoanalíticos habituales, ¿qué afluentes reconoces en ellos?

M.G.: La idea de conflicto psíquico en la que se basa Freud, es dialéctica.

J.C.C.: ¿Planteás mantenerla, superándola, quizás a la manera de una *aufhebung* de vertiente hegeliana?

M.G.: Sí, mantenerla clínica del Edipo, del fantasma y además incluir lo que llamo “la dirección irreversible de cura”.

J.C.C.: ¿Podrías extenderte más sobre esto? ¿Qué consecuencias clínicas tiene?

M.G.: Por un lado, romper la noción de finalidad y totalidad. Entonces, primero: no hay una única noción de cura, no hay una única dirección de cura; no hay una cura que se alcance por “progreso” y que se llegue a una finalidad última, y por lo mismo, no hay una cura “completa”. Para decir esto me sirve como referencia la posición referida, en otro contexto, a la mujer, en que Lacan usa la expresión “no-toda”. La extraigo de ahí y la pongo aquí, porque entiendo que trasciende a la diferencia de sexos. En los fundamentos de la misma se articula infinito e imposible, preciso es hacerlo más extendido y no ubicarla sólo en lo que atañe a la posición femenina. La consecuencia clínica es que no hay “*un*” final de análisis, sino que hay (unos) “ *finales de análisis*”, es decir: multiplicidad y singularidad.

J.C.C.: ¿Qué quiere decir articular infinito e imposible?

M.G.: Cuando creo alcanzar un fin, una finalidad, eso mismo se me aparece como un punto de imposibilidad, siempre aparece ahí algo. Ese algo que aparece abierto... A partir de Cantor, escribimos y operamos con lo infinito. El infinito se escribe y se articula con lo posible, dejando un PLUS, un resto de imposibilidad. El imposible que se discierne a partir de Cantor *es* un imposible real, que organiza el pensamiento: el infinito es un organizador real.

J.C.C.: ¿Cómo se junta con lo que enuncia Lacan a propósito de una significación

que remite a otra significación?

M.G.: Eso está más dentro de la dialéctica, de la metáfora, pero en la clínica, lo que estoy tratando de decir estaría más del lado de la tolerancia a la incertidumbre, a la contingencia y al azar impredecible.

J.C.C.: En la clínica nos topamos con el impasse, con la imposibilidad.

M.G.: Si tenemos en cuenta o tomamos como punto de partida “Análisis terminable e interminable”, ya ahí tenemos un punto de comienzo, un punto de referencia de esto que estoy tratando de decir.

Y de los otros temas que busco trabajar, hay otros dos: uno más polémico que el otro: el tema de lo histórico y *lo ahistórico*. *En esto podemos* pensar, desde la reversibilidad, lo histórico como algo posible de historizarse, por ejemplo, hacer consciente lo inconsciente, por ejemplo la historización que implica pensar una historia perdida que se reconstruye a la manera de restos arqueológicos. Pero hay otra manera de pensar lo histórico en relación no ya solamente al pasado sino a una futuridad abierta que es la del *acontecimiento* impredecible. Y el pasado entendido como los acontecimientos de bifurcación, ruptura y multiplicación, por ejemplo de lo inconsciente.

J.C.C.: ¿Incluí la noción de “acontecimiento”?

M.G.: Incluyo la contingencia del acontecimiento. Y que algo de lo imposible se haga posible, no sólo en su eclosión, sino también en una superación posible a pensar, a no descartar. Esto puede abarcar muchas y diversas cosas, incluso algunas de ellas incongruentes y paradójales, pero no creo en la dialéctica y en la contradicción, pilar de esta última. Considero que hay que trabajar con la “lógica paradójal”, la paradoja como una de las vertientes de la lógica.

J.C.C.: ¿Tus desarrollos cambian la noción de inconsciente que habitualmente manejamos? manejamos?

M.G.: Sí y no...Creo que la noción de “formaciones del inconsciente”, donde aparece la palabra “formación” como algo del orden de “*lo formático*”, de lo que tendría una forma cerrada, le agrego un nuevo paradigma, el de un inconsciente “*informático*”, que no es por alusión a la informática (aunque la incluye), sino a lo que no tiene forma, no tiene cierre, queda abierto...

J.C.C.: Ahí hacés un manejo paradójal.

M.G.: Por un lado digo que el inconsciente es “*informático*”, pero no es comunicacional, y por otro lado digo que las formaciones de lo inconsciente, que son interpretables porque son metafóricas y sobredeterminadas, por ejemplo, el síntoma, las incluyo en mis parámetros, pero, agrego por ejemplo, el síntoma, las incluyo en mis

parámetros, pero, agrego la posibilidad de pensar un acontecimiento inconsciente, (dentro de la dirección de cura): a-lógico, a-histórico, y autoformado. Esto es lo que sustenta la idea de invento y creación en psicoanálisis.

J.C.C.: ¿Y lo de autoformado?

M.G.: Tiene que ver con los “sistemas disipativos abiertos”, noción de extracción prygogiana, de pensar en una autoformación, por puro azar. O sea, mi idea es que tenemos que pensar dos inconscientes: primero, el inconsciente sistémico y formático y segundo, un inconsciente turbulento, autoformático, no sistémico ligado a lo desabonado de lo inconsciente, que Lacan trabaja en los seminarios *Le synthome* y *L’insu...*

J.C.C.: Esto entra en colisión con Freud, con Lacan...

M.G.: No, esto sirve para dividir la obra de Lacan en dos períodos. Los primeros veinte años de su enseñanza, ligados a la dialéctica, y en donde se entendía un azar aprehensible en la repetición —sería el juego de par— impar, en última instancia determinable e insertable en el orden simbólico- y un último período de su obra, los últimos cinco años de sus seminarios, 1975–80, antes de morir, en que trabajó con la teoría de la turbulencia, la topología de los nudos, también llamada escritura nodal, y más precisamente la del cuarto nudo, donde se encuentra un punto de inflección más, por si pocos hubiera..., en la topología lacaniana.

Quiero agregar que para mí lo más importante es la clínica. Todos los desvíos que hago por los diferentes discursos son, a mi gusto, para romper con los prejuicios psicoanalíticos que provienen de la modernidad y el estructuralismo: estabilidad, normalidad y causalidad lineal.

En el seminario RSI de 1975, Lacan habló de una cadena borromea de tres. A partir de ahí, en el seminario “*L’insu que sait de l’une bévue s’aile á mourre*”(t), de 1976, dice que los tres nudos, los tres registros R,I, y 8 están superpuestos y en la clínica “el cuarto nudo” que a los otros nudos atraviesa y vuelve borromeos.